

—¿Y qué manía es la que tiene el bueno del señor Rector?

—La más rara que V. puede imaginarse.

—Pero, mujer, vamos á ver cuál es.

—Pues nada, que algunas veces, cuando tiene convidado á comer, se le mete en la cabeza que le ha de cortar las orejas.

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser? Al convidado.

—¡Zape! exclamó el Padre Cándido, dando un salto en la silla y llevando involuntariamente las manos á las orejas que eran tan grandes, coloradas y gordas que daba gusto el verlas.

—No le dé á V. cuidado, Padre Cándido, que eso no vale nada.

—¿Que no vale nada la conservacion de las orejas? ¿Muchacha, estás loca ó te chanceas? Yo no he averiguado para qué nos ha puesto Dios este par de embudos sobre las quijadas, pero cuando nos los ha puesto para algo será, que Dios no hace las cosas á humo de pajas.

—Pero, Padre Cándido, si no digo lo contrario. Lo que digo es que la manía del pobre señor amo es completamente inofensiva si se tiene un poquito de cuidado. En primer lugar, le da muy de tarde en tarde, y en segundo, cuando le da, hay una señal infalible para prevenirse y evitar todo peligro.

—Explicate, mujer, explicate que la cosa es seria, dijo el fraile algo más tranquilo, pero sin tenerlas todas consigo todavía.

—Pues cuando al señor Rector le da esa manía, se

conoce en que al sentarse á la mesa toma el cuchillo.....

—¡Aprieta, manco! exclamó el Padre Cándido, interrumpiendo á Mari-Cruz y llevándose nuevamente las manos á las orejas.

—Pero, Padre Cándido, oígame V. y no se asuste.

—Di, mujer, di.

—Pues digo, que cuando le va á dar al amo la manía, se conoce en que, al sentarse, toma el cuchillo y se pone á suavizarle en la palma de la mano como quien suaviza una navaja de afeitar, y entónces el convidado se levanta con cualquier pretexto y se aleja de casa, con lo cual, aunque se quede sin comer se queda con sus orejas donde Dios se las puso.

—¡Hum! murmuró el Padre Cándido, todavía alarmado, á pesar de los esfuerzos de Mari-Cruz por tranquilizarle; ¡hum! me parece que sería mejor tomar el portante.....

El fraile se interrumpió oyendo los pasos del señor Rector que subia ya las escaleras.

Á propósito del señor Rector, debo completar el retrato que de él hice, diciendo que entre sus verdaderas manías figuraba, no la de querer cortar las orejas á sus convidados que Mari-Cruz le atribuía, sino la de hacer con el cuchillo, siempre que se sentaba á la mesa, la maniobra que decia Mari-Cruz.

Poco despues de su vuelta de la Iglesia se dirigió alegremente al comedor en compañía del Padre Cándido.

Al comedor se pasaba por otra pieza contigua á la cocina, donde habia un aparador que Mari-Cruz habia provisto de una porcion de menudencias, que hicieron los

dientes agua al señor Rector y al Padre Cándido cuando repararon en ellas al pasar al comedor.

Lo que sobre todo regocijó y arrancó una sonrisa de profunda satisfaccion al señor Rector, fué una gran fuente cubierta con una blanca servilleta en que supuso estaba el par de ricas truchas, que eran su manjar predilecto y con que esperaba sorprender agradablemente al Padre Cándido, no ménos aficionado que él á la flor y nata de la pesca fluvial.

Sentáronse á la mesa, y el Padre Cándido se tranquilizó un poco viendo que el Rector, distraido y alegre con los primores con que Mari-Cruz la habia adornado, no hacía caso del cuchillo, y hasta se decidió el Padre Cándido á hacer boca con unas apetitosas rajitas de salchichon que componian parte de los divertidos *entremeses*; pero de repente se agitó en su silla y se llevó las manos á las orejas. ¡Era que el señor Rector habia echado mano al cuchillo y se ponía á hacer la consabida operacion de suavizarle en la palma de la mano!

—¿Qué es eso, Padre Cándido? le preguntó el señor Rector alarmado, creyendo que le habia dado algo.

—Nada, nada, contestó el fraile desconcertado, es que esta pícara muela dañada me ha dado una punzada, que me ha hecho ver las estrellas, y con permiso de V. voy á ver si encuentro en la maletita un terroncito de alcanfor, con que se me suele quitar el dolor metiéndolo en el agujero de la muela.

—Sí, sí, vaya V., que para eso el alcanfor es muy bueno.

El Padre Cándido desapareció del comedor tan atur-

dido que al pasar por la pieza inmediata tropezó en el aparador, y á poco más derriba unos platos cuyo ruido oyó el Rector.

Inmediatamente se oyó la voz de Mari-Cruz, que decia:

— Padre Cándido, Padre Cándido, ¿está V. loco?

El Padre Cándido no contestaba, y el ruido de sus precipitados pasos se perdió por la escalera abajo.

—¿Qué es eso, Mari-Cruz? preguntó el señor Rector levantándose y saliendo del comedor.

—¡Qué ha de ser, señor amo, contestó Mari-Cruz afligida, que el Padre Cándido sin duda ha perdido el juicio, pues ha cogido del aparador las truchas y se escapa con ellas metidas en la manga!

—¿Pero se lleva las dos? preguntó el Rector tan asombrado como disgustado.

—Sí, señor, las dos se ha encajado en la manga. ¡Jesus, no se puede una fiar en este mundo ni de la camisa que lleva puesta! Ese señor por fuerza se ha vuelto loco.

—Loco podrá haberse vuelto, pero tonto no, dijo el señor cura, y corrió al balcon.

—¡Padre Cándido! gritó desde el balcon viendo que el fraile corria como alma que lleva el diablo para largarse de Cegama; ¡padre Cándido, no se vaya V. con las dos, hombre! Una de las dos siquiera... siquiera una.

—¿Una? Ni media, contestó el fraile, tapándose con las manos ambas orejas, y desapareció; y alejándose de la villa, tomó precipitadamente la mula que habia dejado en una posada de las afueras por no haber cuadra en

casa del señor Rector. Un momento despues iba camino de Aránzazu, mirando de cuando en cuando atras, y todavía llevándose instintivamente las manos á las orejas.

Mari-Cruz esperó en vano aquella noche á Jatunándi; pero no extrañó que éste no fuera á verla aquella noche. Jatunándi había llenado la tripa en el castañar de Berunza, y no necesitaba ir aquella noche á llenarla en casa del señor Rector.

A la mañana siguiente Jatunándi fué á ver á Mari-Cruz, á quien ántes de todo preguntó si tenía por allí algo que echar á perder.

Despues que Mari-Cruz hubo satisfecho esta pregunta sacándole medio pan, medio queso y media azumbre de vino, que el barbarote despachó en medio cuarto de hora, Jatunándi la hizo otra:

—¿Cómo te las gobernaste ayer para que ni el cura ni el fraile supiesen que me habias dado las truchas?

Mari-Cruz le contó su estratagema.

—¿Es decir, dijo Jatunándi, que se la pegaste de puño al cura y al fraile?

—Sí, y con hartó sentimiento mio, contestó tristemente Mari-Cruz.

—Pues, chica, tengo que decirte una cosa.

—¿Qué cosa es? preguntó Mari-Cruz, alarmada con el tono serio y solemne que de repente habia tomado su novio.

—¿Recuerdas aquel cantar que dice:

«La mujer que se la pega  
á los curas ó los frailes,  
se la pegará al demonio  
si con ella se casare»?

—Sí que le recuerdo, respondió Mari-Cruz cada vez más alarmada.

—Pues, chica, ya no me caso contigo.

—¿Qué es lo que dices, hombre?

—Lo que digo es que yo queria hacer una prueba infalible para dar el trueno gordo; he hecho la prueba, y doy el trueno.

Mari-Cruz, al oir esto, quiso replicar á aquel pedazo de bestia; pero la indignacion le oprimió el corazon y le detuvo la palabra, y sólo pudo echarse á llorar, mientras Jatunándi tomaba escaleras abajo.

Habia pasado cerca de un año. El dia de Nuestra Señora de la Asuncion, gran dia para Cegama por lo que luégo sabrémos, salia de la iglesia parroquial de la villa una boda: era la de Jatunándi y la Cascabelera de Ondarra, que acababan de casarse.

Al oir el ruido de los cohetes que la anunciaban, Mari-Cruz salió al balcon creyendo que sería el anuncio de que la cruz parroquial volvia de Aránzazu, y viendo á los recién casados, se metió adentro llorando.

Diegóchu estaba en aquel momento en la plaza chupa que chupa su pipa, y al ver á los novios se quitó la pipa de la boca, y murmuró saltándosele las lágrimas y mirando melancólicamente hácia el balcon de casa del señor cura:

—¡Pobre Mari-Cruz! Qué cierto es aquel cantar que dice:

«La cuarta parte del agua  
que las fuentecillas vierten,  
son las lágrimas que cuestan  
los hombres á las mujeres.»

La gente se agolpaba hácia el campo de Andueza, que es el que rodea la ermita de San Bartolomé en las afueras de la villa. Era que la cruz parroquial asomaba por las vertientes del Aitzgorri, volviendo de Aránzazu, en cuyo insigne monasterio, situado en las quebradas soledades del Aloña, se celebraba aquel día la gran fiesta de la Virgen, aparecida allí en el siglo xv al pastor Rodrigo de Balzátegui, y á quien la piadosa madre del gran historiador Garibay, peregrinando llorosa y descalza por espacio de cuatro leguas que median entre Aránzazu y Mondragon, patria del príncipe de los historiadores españoles, iba á pedir la salud de su hijo.

Aquel día la villa de Cegama, que dista tres leguas del monasterio, toma piadosa parte en la fiesta de Aránzazu, dirigiéndose procesionalmente al monasterio con la cruz parroquial, que acompañan uno de los curas de la villa, el más jóven y apto para tan penosa jornada, el alcalde y muchos vecinos.

Cuando la cruz asoma de vuelta por las alturas de Aitzgorri, las campanas de la villa y los corazones de los cegameses le entonan un cántico de amor y regocijo.

El campo de Andueza se puebla de gente que va allí á esperar y dar la bienvenida á la cruz y á presenciar el acto solemne en que la Virgen de la villa recibe las amorosas memorias que le envía su santa prima la Virgen de la montaña, y á pasar el resto del día en aquel campo merendando y solazándose con bailes y juegos entretenidos, sencillos y honestos.

En el momento en que la cruz se acerca al campo de Andueza, la Virgen sale procesionalmente de la parro-

quia, y al encontrarse con la cruz en aquel campo, ambas se tocan y permanecen algunos instantes unidas. Las gentes del pueblo dicen y creen firmemente que la cruz emplea aquellos instantes en dar á la Virgen de Cegama las memorias que para ella le ha encargado su prima la Virgen de Aránzazu.

Y cuando la cruz ha cumplido esta dulce mision, el alcalde, que como el sacerdote viene á caballo, arroja á los niños puñados de rosquillas benditas que para ellos trae de la santa soledad del Aloña, y la multitud se estremece de júbilo, y Virgen titular y cruz parroquial vuelven á la parroquia saludadas por el estruendo de los cohetes, y el repique de las campanas, y el canto de los sacerdotes, que repite el pueblo lleno de piadoso júbilo.

Cuando el señor cura llegó á casa despues de casar á Jatunándi y la Cascabelera y de salir con la Virgen de la villa á recibir las memorias de la Virgen de la montaña, áun estaba Mari-Cruz llorando.

Mari-Cruz se enjugó las lágrimas é hizo un esfuerzo supremo para ocultar su dolor al noble anciano, á quien veneraba como á sacerdote y amaba como á padre; pero el señor Rector adivinó con honda pena lo que pasaba en el alma de Mari-Cruz, y dijo á ésta:

—¡Ánimo, hija, que las espinas de la tierra se convierten en flores del cielo!

Mari-Cruz se arrodilló á los piés del sacerdote deshecha en llanto, y le confesó la falta que habia cometido.

Y el señor Rector, despues de convenir en que habia obrado mal, y en que quizá aquel dolor era la expiacion de aquella falta, añadió:

— Mari-Cruz, resígnate con la voluntad de Dios, que quizá te ha hecho un bien muy grande rompiendo los lazos que te unian con ese hombre. El día que yo te falte no quedarás desvalida en el mundo, pues considerando que eras el primer pobre con quien yo debía ejercer la caridad, hace muchos años he ido apartando para tí el primer óbolo de los que destinaba diariamente á los pobres, y así aparecerán en mi gabeta dos mil ducados que hace tuyos mi testamento, otorgado ya.

Iba Mari-Cruz á expresar su agradecimiento al señor Rector uniendo sus palabras á las lágrimas de consuelo que habian reemplazado á las de dolor, cuando se detuvo al oír á Diegóchu, que se anunciaba escalera arriba con su habitual exclamacion de :

— ¡La paz de Dios sea en esta casa!

— ¿Qué hay, amigo Diegóchu? le preguntó alegre y bondadosamente el señor cura.

— ¡Qué ha de haber; señor Rector, contestó el buen anciano, que Dios es justo dando á cada uno lo que merece, como lo prueba el haber dado á Jatunándi por mujer á la Cascabelera, y á la Cascabelera por marido á Jatunándi. ¡Siempre va la penitencia en el pecado!

— ¡Qué verdad dices, amigo Diegóchu! exclamó el señor Rector, y añadió dirigiéndose á Mari-Cruz :

— Mari-Cruz, ya que la gente se divierte esta tarde en el campo de Andueza, justo es que nosotros nos divertamos en casa. Esta tarde hemos de merendar aquí los tres juntos una fritada de magras con tomate de aquellas que tú sabes hacer, para celebrar Diegóchu, tú y yo la boda de Jatunándi y la Cascabelera.

Mari-Cruz soltó una alegre carcajada y se fué hácia el comedor para preparar la mesa al señor cura y la jarri-lla á Diegóchu, miéntras el señor Rector daba á probar á Diegóchu un riquísimo tabaco *pipero* que le habian traído aquel mismo día de San Sebastian.

## XLII.

¡AQUÍ ESTÁ!

El narrador de Olaechea ha terminado su narracion con aplauso de su auditorio, que aunque éste no tenga otras razones para juzgarle con benevolencia, tiene la de pensar que es el primero y casi el único que ha consagrado su vida á dar á conocer al mundo el pasado y el presente del pueblo *euscaldun*, que era casi desconocido, y por tanto con frecuencia calumniado.

Un murmullo extraordinario se alza en el campo, y la muchedumbre corre y se arremolina hácia la subida de Olaechea.

— ¡Los señores! ¡los señores bajan! exclama la muchedumbre.

Y en efecto, de la blanca, grande y hermosa casa que corona la colina salen multitud de personas, que descenden lentamente y en animada conversacion hácia el nocedal, y el balcon y las ventanas de Olaechea se llenan de muchachas con traje de sirvientes, que salen á ver y saludar afectuosas y alegres á los que nos ausentamos.